

## Tres desafíos de las nuevas olas de observatorios latinoamericanos

por Tobías J. Schleider y Matías I. González<sup>1</sup>

*If the doors of perception were  
cleansed everything would appear to  
man as it is, infinite.*

William Blake<sup>2</sup>

Los hechos son el principio y el fin de cualquier política pública aplicada. Esta aseveración reafirma la noción cíclica de la aplicación de políticas públicas. El conocimiento de la plataforma fáctica sociopolítica tiene una relevancia, al menos, doble. En primer lugar, se debe conocer cuál es el contexto de conflictividad, para habilitar una toma de decisiones securitarias eficaces y eficientes. Solo entonces es posible una elección informada de la estrategia más adecuada a aplicar en relación con ese contexto. Así se logra la *gestión de la conflictividad basada en evidencias*. En segundo lugar, saber cuál fue el contexto de conflictividad resultante, después de la aplicación de una estrategia securitaria, contribuye a la conformación de un cuerpo de saberes y experiencias que serán parte, en un futuro, de ese abanico de herramientas de las que se puede echar mano en otras ocasiones. Con eso se logran *conocimientos securitarios basados en evidencia*.

Entre los organismos técnicos que suelen encargarse de la recopilación de datos fácticos se destacan los *observatorios del delito y la violencia*. Aquí se está suponiendo un concepto amplio de “dato fáctico”. No abarca solo instancias concretas de conflictividad –y mucho menos, meros delitos–. Tampoco se agota considerando información sobre factores psicosociales –sensaciones, emociones, percepciones– presentes en la comunidad que tengan una relación con las dimensiones de lo securitario. También incluye información respecto de la adecuación, la capacitación, el preordenamiento y las capacidades institucionales de los actores del sistema securitario, así como también del desarrollo y de los efectos de la instanciación de políticas públicas. Todo esto lleva a concluir que los observatorios pueden tener un alcance amplísimo, abarcativo de muchos de los elementos que se involucran en la gestión de la seguridad ciudadana.

El desarrollo histórico de los observatorios ya se encuentra sistematizado en la bibliografía de referencia. En ella se señala la existencia de dos olas en las que se instauraron mayor cantidad de observatorios, cada una presentando enfoques diferenciados y características institucionales marcadas. Incluso, en estos materiales se han formulado

---

<sup>1</sup> Autores del *Manual de políticas públicas de seguridad ciudadana en Latinoamérica* (Didot, 2024).

<sup>2</sup> W. Blake, *The marriage of heaven and hell*, John W. Luce and Company, 1906.

recomendaciones numerosas para asistir a la propagación y mantenimiento de estas agencias. Sin embargo, y más allá de su valioso aporte, esta bibliografía empieza a desactualizarse. En esta época se transita lo que quizás pueda conocerse como una tercera ola de observatorios y comienzan a vislumbrarse una serie de desafíos que podrían moldear características significativas de estas instituciones.

Uno de estos desafíos es que esta nueva serie de observatorios modernos posee un anclaje político casi exclusivo<sup>3</sup>. Este carácter eminentemente político de los observatorios puede ser riesgoso. No porque un observatorio no deba tener un anclaje político, sino porque suele sumir a los observatorios en la ciclomanía electoral que suele confundir ideologías con estrategias y herramientas técnicas con partidos políticos.

Ese desafío se desdobra en dos posibles soluciones. Una es la diversificación de los anclajes y analizar la viabilidad de la instauración de observatorios ubicados en ámbitos académicos, privados o cívicos. Esa estrategia involucra repensar las condiciones de sostenibilidad institucional que tradicionalmente han sido pensadas para los observatorios políticos; en especial, las atinentes a su financiamiento, su transparencia y su inserción interagencial. Los observatorios con anclajes no políticos también necesitan de una alineación de sus actividades con las funciones estrictamente políticas (o *de políticas*) que tiene la recopilación y el procesamiento de información securitaria. En otras palabras, se requiere analizar qué tipo de actividades debe priorizarse en el seno de esos observatorios para que ellos resulten útiles a los fines sociales de prevención y conjuración de la conflictividad violenta.

Otra salida es el refuerzo de las condiciones de sostenibilidad de los observatorios con anclaje político que los fortalezcan más allá de toda variación partidario-electoral. Esto implica realzar el carácter de herramienta técnica de los observatorios de forma tal que la alineación política del gobierno de turno que los utiliza sea, en términos generales, irrelevante. Por un lado, significa poner de manifiesto aspectos que hacen a su justificación interna: ¿de qué forma un observatorio es efectivo para reducir la conflictividad? Por otro lado, se debe profundizar en su justificación externa; esto es, fomentar la percepción de su utilidad por parte de la comunidad que genere una noción social de imprescindibilidad de los observatorios. En cuanto la sociedad detecte la necesidad de poseer información securitaria en cantidad y calidad adecuada, mejoran las chances de que los gobiernos se esfuercen por brindarla.

La actualidad presenta un segundo desafío para todos los observatorios, sin importar su anclaje. Este desafío surge de la intersección entre la variedad cualitativa de los conflictos

---

<sup>3</sup> De acuerdo con información recolectada en el año 2023 del portal de la Comunidad Interamericana de Observatorios del Delito Organización de Estados Americanos, cerca de un 70% de los observatorios asociados a esta alianza tiene anclaje político. <https://portal.educoas.org/es/redes/oadsp/observatorios-observatories>

violentos, la ya mencionada justificación de los observatorios y los medios de comunicación. El concepto vertebral de los observatorios es la información, pero ninguna información logra su cometido si no se comunica. Tampoco lo hace si la sobreinformación satura a su usuario o a su destinatario. Una estrategia de comunicación es el complemento lógico y necesario de un observatorio. La función de una estrategia de comunicación es analizar qué y cuánta información conviene comunicar y de qué forma, sin perjuicio de que toda la información recolectada sea de acceso público y transparente. Cuando se acepta que los observatorios deben justificarse a sí mismos, es necesario compatibilizar sus estrategias de comunicación con las que son efectivas en la comunidad.

La tarea de justificar con información el funcionamiento de un observatorio se complejiza a la par que se complejizan las modalidades de conflictividad. La clasificación de tipos de conflictividad -en violencias específicas de género, juveniles, organizadas, institucionales, digitales- puede ser una tentación para la instauración de observatorios especializados y temáticos. En el afán de producir información especializada se producen cantidades de información incomunicables o, si comunicables, agotadoras para los destinatarios. La toma de decisiones políticas y su evaluación por parte de una comunidad tiene algún sentido de urgencia que no permite explayarse en el análisis y reanálisis de innumerables variables y estadísticas.

Esto lleva a la necesidad de considerar qué información, respecto de qué problemáticas, es estratégicamente eficiente comunicar. Esto involucra una tarea política preliminar: la de priorizar datos (y problemáticas, etc.) para ser observados. Por eso, la atomización de observatorios por razón de su materia debe ser guiada por una valoración estratégica. Esto, también, se logra a través de información que puede ser recolectada por un observatorio con un alcance general, que se vuelve así un elemento imprescindible.

Por último, existe un tercer desafío al trazar una estrategia de comunicación, que involucra un análisis profundo del funcionamiento actual de los medios de comunicación públicos y privados. Resulta ilustrativa la comparación entre los *medios-sol* y los *medios-polvo*, en tanto muestran cómo varía el desafío de la gobernabilidad en torno a la gestión de la información<sup>4</sup>. Los medios de comunicación que marcaron al siglo XX eran *medios-sol*. La información surgía de una entidad –o unas pocas entidades– uniformes, incuestionadas, homogéneas y centralizadas. Existía la concepción de que los medios iluminaban a las personas. Los medios podían ser evitados, así como es posible ponerse a la sombra y evitar el rayo del sol. En la actualidad, los medios son *medios-polvo*. Por oposición, la información

---

<sup>4</sup> Cf. I. Ramonet, *L'Explosion du journalisme*, Éditions Galilée, 2011 (hay trad. cast. de B. Moreno-Luque, *La explosión del periodismo*, Capital Intelectual, 2011).

es ubicua, desaparece, descentralizada e inevitable. Los medios de comunicación, por lo general, ya no iluminan; en su lugar, ensucian.

La cuestión es, entonces, cómo puede competir la información generada y procesada en observatorios con el alboroto comunicacional al que la comunidad se encuentra sometida. Si no se encuentran formas de tornar relevante a la información de los observatorios, ellos dejarán de ser útiles para la comunidad, para los técnicos y para los políticos. La tarea de justificación de los observatorios, ante la comunidad y los operadores políticos, no es menor. Mucho menos en la actualidad, en la que toda erogación estatal para la implementación de una estrategia pública debe vencer el preconcepto del gasto y el derroche.